

2005

La poética de JoséAngel Valente y los signos de la rotura inefable

María Auxiliadora Álvarez

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Álvarez, María Auxiliadora (Primavera-Otoño 2005) "La poética de JoséAngel Valente y los signos de la rotura inefable," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 61, Article 2.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss61/2>

This Otras Obras is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LA POÉTICA DE JOSÉ ÁNGEL VALENTE Y LOS SIGNOS DE LA ROTURA INEFABLE

María Auxiliadora Álvarez
Miami University, Oxford, Ohio

La poesía se relaciona con la mística en tanto lenguaje de conocimiento y revelación. Su búsqueda de conocimiento es un acto de participación en la dinámica ontológica, evolutiva y trascendente. Podemos, por ello, hablar de una forma de mística contemporánea o espiritualidad poética, como Andrés Sánchez Robayna la ha preferido denominar: “Parece obligado, en nuestra perspectiva de hoy, hablar no ya de *sentido místico*, sino de lo *espiritual poético* como el centro o el objeto de esta experiencia-límite” (154). El desarrollo de la espiritualidad poética se relaciona con una búsqueda de la trascendencia (que no es igual a la búsqueda de la inmortalidad de Unamuno), búsqueda que se refiere a la tematización metafísica de la existencia, según lo entiende el *Was* de Bollnow: “existencia como trascendencia, vuelco en sí fuera de sí, interrogación y autodisolución dinámica” (66); y, en otro sentido, más temerario; a los presupuestos de la mística tradicional, que comprenden una visión dialéctica de la identidad como proceso en sí. Bajo estos lineamientos creemos posible trazar algunas analogías, quizá imprescindibles, entre la poética de José Ángel Valente y la búsqueda de la inefabilidad.

En el primer caso, la obra de Valente se encuentra intrínsecamente permeada por la tematización metafísica del *Was* de Bollnow, en la misma forma secuencial. En el segundo caso, el *corpus* escrito de Valente se nutre de varias importantes tradiciones místicas como la hebrea, la sufí, la judía, la hindú, la flamenca y la alemana, siendo notable la presencia de San Juan de la Cruz, que ocupa lugar preponderante. Según la aproximación a la obra de José Ángel Valente bajo el prisma de las vías místicas de la tradición grecolatina, el hilo poético-espiritual de la obra valentiana parece encontrar

su punto de mayor tensión entre la primera y la última vía, aunque hemos de recordar que las diferentes etapas del desarrollo místico no se encuentran totalmente separadas las unas de las otras: “Estos períodos se caracterizan por su continuidad y por el predominio en cada uno de ellos de fenómenos que existen en los demás” (Cilveti 11). La poética de José Ángel Valente ejecuta un tránsito de interrogación, conciencia de la Otredad, e iluminación, que asciende desde el vacío hacia la autodisolución.

La mística tradicional observa tres vías sucesivas para alcanzar la transformación interior. Estas vías son: la purificativa, denominada como la vía de “los heridos” por San Juan de la Cruz (o “principiantes” por Santo Tomás de Aquino); la iluminativa, denominada como la vía de “los llagados” (o proficientes); y la unitiva, denominada como la vía de “los cauterizados” (o “perfectos”). La segunda etapa o vía iluminativa (*proficientum gradum tenere dixerunt*), con la que encontramos plausible establecer algunas coordenadas de la obra poética de José Ángel Valente, se relaciona con el hallazgo de la luz y sus características principales son la contemplación y la iluminación o conocimiento intuitivo.

Partiendo de una antigua intuición (recordar su libro *Poemas a Lázaro*), y ahondando en los ensayos dedicados a las diferentes místicas hasta instalar la misma reflexión profunda en su obra poética, o viceversa, José Ángel Valente apunta a la disolución de la dicotomía cuerpo-alma consustanciada en la realidad y reaprehendida en un sentido transcendente. En su búsqueda, José Ángel Valente, poeta del exilio interior, remonta el anhelo de lo que es inmaterial. El autor eleva una invocación poética que interroga sobre la inexorable precariedad del ser: “Interrogar, ¿por qué? ¿Quién nos respondería desde la plenitud solar sin destruirnos?” (*Material memoria* 248), luego se interna en la *noche* del vacío y la *nada* sanjuanista, horadando el *centro* de una piedra transparente: “El duro diamante sobrevive a la noche” (*La memoria y los signos* 78), y emerge finalmente en “fragmentos incendiados de resurrección” (*Material memoria* 207).

Resurrección interior que se ha revelado en su poesía de forma intermitente mas sin embargo contundente. Luz, altura, esperanza, son algunos de sus vocablos emblemáticos. Una de las canteras más ricas donde Valente excavó con denuedo fue la obra de San Juan de la Cruz. El poeta nos revela un profundo conocimiento de la teología y la poética sanjuanistas, tanto en las múltiples resonancias directas e indirectas que emergen de su obra poética, como también en los ensayos y estudios críticos sobre el tema de la mística recopilados en los libros *Ensayo sobre Miguel de Molinos* (1974), *La piedra y el centro* (1983), y *Variaciones sobre el pájaro y la red* (1991).

En cuanto a la relación entre la poesía de José Ángel Valente y el lenguaje de la mística, es necesario acotar que el signo escriturístico de índole mística se ha modificado a través de la historia hacia otra conformación actual, pero aún así es posible visualizar en el transcurso del lenguaje

poético valentiano la marcada tendencia hacia la inefabilidad del lenguaje de los místicos. Muchos otros sentidos y temas coinciden con los expuestos en el *Cántico espiritual*, *Noche oscura del alma*, y *Llama de amor viva*, de San Juan de la Cruz, anunciando vivencias particulares de índole profundamente espiritual. Son notables las múltiples convergencias de sentido entre la obra del poeta carmelita y la obra de José Ángel Valente. Se hallan incluso intertextualidades literales del *Cántico espiritual*, de cuya lectura detenida el poeta dio públicas muestras, por ejemplo en el año de 1974 se recuerda una conferencia suya “en el Colegio Mayor San Juan Evangelista de Madrid, relacionando el tema de la mística con sus teorías sobre la palabra poética y su lectura personal de la estrofa XII del *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz” (Amorós Molto 774).

Sin embargo San Juan de la Cruz no fue el único maestro espiritual de José Ángel Valente, su búsqueda de la trascendencia le llevó también a indagar en el *quietismo* de Miguel de Molinos, y otras diversas místicas o formas de espiritualidad. El panteísmo de la mística hindú le llega al parecer a Valente por Rabindranat Tagore a través de Juan Ramón Jiménez. Valente también maneja con comodidad la herencia de los místicos flamencos y alemanes – Suso, Tauler, Ruysbroeck, Eckhart – inmersa en la mística española de los siglos XVI y XVII. Podemos encontrar reminiscencias de estos conocimientos de Valente desperdigados generosamente en los intersticios de toda su obra poética, crítica y ensayística.

Al igual que San Juan de la Cruz, Valente relaciona, procesa y amalgama recursos de distintas procedencias para repotenciar la carga simbólica de las palabras y sus significados en una función radicalmente espiritualizadora. El procedimiento que utiliza Valente de *reunir* para *diluir*, semeja una suerte de *alquimia de la desaparición* o *fulguración* autodisolutiva que arrastra consigo su palabra poética, – la que se hace cada vez más tenue–, pero se refiere sustancialmente a la dinámica de un ser en el acto de *volcarse en sí fuera de sí* según el *Was* de Bollnow, acto denominado como *salida* o *apertura* en el contexto propiamente místico. Valente transitó su experiencia poético-mística al modo de su propia *material memoria*, “en el desapego que conduce al fondo del alma o *afairesis* como aparece en el Areopagita” (Lara Garrido 125).

Sin hacer referencia a la poesía social valentiana inscrita en el referente histórico de la postguerra, encontramos que otros pilares fundacionales en la estructura básica de la poética de José Ángel Valente, como el devenir de la palabra en sí y el eros como forma de sublimación del ser, se encuentran estrechamente relacionados con la indagación espiritual o la búsqueda de la trascendencia. En cuanto a la poética de la palabra, toda la obra de Valente estuvo signada por la potenciación de una palabra – y de un ser de la palabra – capaz de *un vuelco en sí fuera de sí*: “la palabra vacía de sí, desposeída de sí, perpetuamente capaz de un nuevo alumbramiento” (Valente citado por

Lara Garrido 149). La singularidad de esta capacidad de alumbramiento o *vuelco en sí fuera de sí*, también hace parte del proceso espiritualizado de la poética valentiana, produciendo una dinámica incesante en el signo, fragmento, o silencio trascendente, sumergidos y reaparecidos una y otra vez en permanente ebullición.

Con respecto a la poética del *eros*, resultan muy sugerentes las reflexiones del autor sobre la concepción de Santa Teresa de Avila de la corporeidad y la relación de ésta con el espíritu: “Nosotros no somos ángeles, sino tenemos cuerpo” (*Variaciones* 204). También recordamos el concepto de San Juan de la Cruz sobre las realidades naturales y sobrenaturales reunidas en la corporeidad, a las que quizá Valente ha aludido en sus palabras: “El cuerpo es sustentáculo de una naturaleza participante en lo sentido y tenido como sobrenatural” (*La piedra y el centro* 30). Por otro lado, hemos recibido vastas noticias sobre el conocimiento del poeta de los fundamentos de la mística hebrea, que a diferencia de la mística occidental, no separa el cuerpo del alma en la unión con la divinidad. Es así como encontramos ecos de la concepción de la unidad entre el cuerpo y el alma del *Cantar de los cantares* (*La Biblia* 838) en la construcción de la poética erótica de Valente.

En cuanto al transfondo espiritual en la obra poética de Valente y desde el punto de vista de la búsqueda de la trascendencia, ya en su primer libro, *A modo de esperanza*, (1955), publicado a la edad de veinticinco años, José Ángel Valente demostró su insatisfacción por el mundo de las cosas tangibles y su interés en los aspectos metafísicos de la existencia. Ambas características se encuentran también presentes en su segundo título, *Poemas a Lázaro* (1960), donde destaca en primera instancia, la sugestiva alegoría bíblica del título, Lázaro es quien resucita, o *el resucitado*. Su último libro, *Fragmentos de un libro futuro* (2001), también se inicia con un epígrafe abiertamente religioso: “Dios del venir, te siento entre mis manos” de Juan Ramón Jiménez. Y entre unos y otros, múltiples poemas de índole similar aparecen en *La memoria y los signos* (1966), *Siete representaciones* (1967), *El inocente* (1970); *Treinta y siete fragmentos* (1972), *Interior con figuras* (1976), *Material memoria* (1979), *Tres lecciones de tinieblas* (1980), *Mandorla* (1982), *El fulgor* (1984), *Entrada en materia* (1985), *Al Dios del lugar* (1989), *No amanece el cantor* (1992), y *Fragmentos de un libro futuro* (2001), libro póstumo. Las publicaciones *Punto Cero* (1972 y 1980), *Material memoria* (1992), y *El vuelo alto y ligero* (1998), fueron compilaciones de los demás. Transcribimos algunos poemas como ejemplos de la inmersión del signo espiritual en la poesía de Valente, y posteriormente señalamos la intensa relación de la poética de Valente con la poética de San Juan de la Cruz.

En el siguiente fragmento de un poema del libro *Poemas a Lázaro*, titulado “El alma”, Valente escribe sobre la intrascendencia de la materia y la trascendencia de la relación del alma con “el Padre”:

¿Dónde apoyar la sed
si el labio no da cauce?

¿Dónde la luz
que el ojo ya no sabe?

¿Y dónde el alma al fin
sin forma errante,

.....

hasta que el barro sople sobre ti

y en nueva luz te alce

a tu reino completo,

para hacerte visible a los ojos del Padre. (70)

Valente también toca en este poema el tema de la incompetencia de los sentidos naturales para acceder a una dimensión otra e inmaterial. Aquí hay que recordar el punto tratado en la mística sanjuanista sobre la espiritualización de los sentidos corporales. La notable cercanía lírico-mística entre José Ángel Valente y San Juan de la Cruz es evidente también para otros críticos: “el símbolo de la noche está presente desde el primer poema de su primer libro” (Amorós Moto 779). No así la posible relación con las vías místicas, las cuales comprenden una visión dialéctica del proceso de formación de la identidad, aunque el sujeto no se encuentre atento o en conocimiento de la dinámica interna que padece o encarna.

La *noche* que signa la primera vía mística, representa la ausencia del entendimiento y la dolorosa experiencia de la precariedad humana. De los textos poéticos de Valente que tratan estos temas emergen diálogos en tono filial e imperativo que va de un *yo-hijo-imprecatorio* en la primera persona, hacia un *tú-padre-culpable* en la segunda persona interlocutora. En estos diálogos se representa frecuentemente a un dios diminuído con caracteres minúsculos. Valente ha descrito en un poema la relación, que considera también filial, entre la blasfemia y la plegaria: “madre oscura, blasfemia, madre de la plegaria” (*Mandorla* 133), y ha personalizado la experiencia en otro poema: “Gusté del agrio sabor de la blasfemia” (*Mandorla* 128). Así como sobre la blasfemia, la reflexión sobre la ira también ha hecho presencia en su libro *Siete representaciones*. Andrew P. Debicki acota que en este poema el hablante poético reelabora la idea del Apocalipsis bíblico y la invierte: “la ira del hombre tomará el lugar de la ira de Dios: ‘el día en que la cólera del mundo / destruya el mundo / el día de la ira’” (196).

Las preocupaciones inmersas en la primera etapa de la poética valentiana sin embargo, comienzan lentamente a reaparacer conformando un *corpus parlante* menos angustiado, amargo, negativo. Se evidencia sutilmente el inicio de un cambio profundo y paulatino, de una transformación luminosa que comienza a tener lugar en la interioridad espiritual del hablante poético. Como por ejemplo en el siguiente fragmento de un poema dedicado a César Vallejo:

El pobre miserable
 que nos lanza puñados
 de terrible ternura
 y queda suavemente sollozando. (*La memoria y los signos, Punto cero*, 207)

Llama la atención el cuarto verso que retrotrae, en sentido y en construcción, el último verso de la estrofa 7 del *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz. El verso de Valente dice: “y queda suavemente sollozando”, el de San Juan: “un no se qué que quedan balbuciendo.” Transcribimos la canción completa de San Juan:

Y todos quantos vagan
 de ti me van mil gracias refiriendo,
 y todos más me llagan,
 y déjame muriendo
 un no se qué que quedan balbuciendo. (*Obras completas* 588)

Antes de iniciar su proceso interior de iluminación, Valente padeció la tragedia de la indigencia ontológica y sus rigores. En “El poema” de *El inocente* se escucha un reclamo insistente: “cuándo podremos poseer la tierra / cuándo podremos poseer la tierra / cuándo podremos poseer la tierra” (*Punto cero* 354). El poeta roza con cólera la certeza de la indigencia primordial, pero antes ha escrito (en el mismo poema) que “no está el amor petrificado [todavía] / y el residuo del fuego [aún puede] / hacerlo arder, correr desde sí mismo, como semen o / lava / ... para arrasar el mundo”. A modo de compensación, la vitalidad incontenible del ardor que corre “para entrar como un río” incluirá el amor corporal dentro del amor-dolor universal de la cosmogonía valentiana. El ser, inexorablemente amoroso, trascenderá la impotencia de la forma material a través de una erótica alada de vuelos *altos y ligeros* que se posará en lo visible para rozar lo invisible, y accederá finalmente a lo infinito de lo amoroso: “Forma / (en lo infinitamente abierto hacia lo informe).” (Arietta, Opus 11, 1 *Punto cero* 444).

Dentro del mismo orden de ideas, en este otro poema “Canción de otoño”, el “cuerpo” es “transparente”, y por lo tanto, es una luz “bajo la luz” que posee la calificación para ser inmolado en el altar del “sacrificio”, y que también puede sublimar el “animal de sombra / que unifica [elevándose a] la noche”:

Ahora se sumerge
 bajo la luz la luz.
 Esperar es aún
 el lote nuestro.
 Fino animal de sombra

Hay otro momento de intertextualidad con la estrofa 12 del *Cántico* de San Juan, ocurre en el poema XXX de *El fulgor*. La estrofa 12 de San Juan dice:

Apártalos amado
que uoy de buelo. (*Obras completas*, 589)

El poema de Valente dice:

Ibas, que voy
de buelo, apártalos, volando. (*Material memoria*, 148)

El siguiente poema III de su libro *El fulgor*, nos da la idea del proceso ascendente de una instancia de observación que mantiene el registro del colapso corporal aunque todavía no trasciende la materialidad. La idea de la dicotomía alma-cuerpo es recurrente en la poesía de Valente:

El cuerpo se derrumba
desde encima
de sí
como ciudad roída
corroída,
muerta. (*Material memoria*, 151)

El hablante poético parece comenzar a percibir que los límites del cuerpo acortan la vida del *eros*, ratificando la idea en otros de sus minúsculos poemas: “Cuerpo que he contemplado. Sus límites. La noche / Cuanto digo no puede alzarse hacia otro cielo” (“*La memoria y los signos*, 64). La *noche* puede ser el lugar del *eros* y también el no-lugar, el desierto, la *nada*: “Cuando tú y yo estamos frente a frente / y una extensión desierta nos separa / Cuando la noche cae” (*La memoria y los signos*, 59).

En el siguiente poema “Como ríos contiguos”, el poeta parece sobrepasar el precario amor del cuerpo:

Como el agua o la llama
que son después ceniza,
alguien amó, ha devorado un cuerpo,
llorado sobre él y se ha tendido
ciego bajo su llanto. (*La memoria y los signos*, 65)

La necesidad de la transparencia o búsqueda de la trascendencia, arrastra el cuerpo (des)enamorado y la ciudad y todo lo que se corroe, y el poeta exclama:

Es ahora la hora
de sacudir la raíz
y volverla hacia el cielo (*La memoria y los signos* 121)

“El cielo” que el poeta divisa y anhela no es otra dimensión que la mismidad humana con su pequeño remanente de amargura, “desesperación”, “sueños”, dificultad y aspereza, pero sublimada por una “pura, inagotable, súbita alegría”:

De luz menos amarga,
pero no de materia diferente
a nuestra desesperación o nuestros sueños,
dónde estás tú, pregunto,
tan próxima y difícil,
áspera, pura inagotable, súbita
alegría. (*La memoria y los signos*, 128)

En este otro poema de *Mandorla*, titulado “Muerte y resurrección”, entrevemos con mayor fuerza la idea de lo falaz de la experiencia corporal, pero la visión ahora se encuentra expandida para vislumbrar la sobrevivencia de la instancia espiritual:

Morir
no tiene cuerpo.

Estaba
traslúcido el lugar
donde tu cuerpo estuvo.

La piedra había sido removida.

No estabas tú, tu cuerpo, estaba
sobrevivida al fin la transparencia. (*Material memoria* 144)

En el verso que dice “La piedra había sido removida” hay una clara referencia a la resurrección de Cristo, el gran resurrecto de la historia cristiana, y a Lázaro (por segunda vez), el hermano de Marta y de María, el amigo de Jesús, devuelto de la muerte.

Hemos visto que se operan transformaciones en la percepción de las materias naturales y sobrenaturales, y en el modo de percibir los instrumentos cotidianos, tanto como se operan transformaciones en los sentidos que los usan, como el gusto, el tacto, o la vista. En un poemario de factura muy posterior a los textos de Valente que acabamos de reseñar, aparecen específicamente los sentidos naturales atravesando una dinámica de cambio de función. Este poema de *No amanece el canto* nos induce a comparar las funciones de los sentidos naturales con los sentidos espiritualizados transformados en la vía purificativa:

Veo, veo ¿y tú qué ves? No veo. ¿De qué color? No veo. El problema no es lo que se ve, sino el ver mismo. La mirada, no el ojo. Antepupila. El no color, no el color. No ver. La transparencia. (*Material memoria* 252)

Separando “la mirada” del “ojo”, y ordenando los trastornos del “color” a través del nuevo prisma transparente, el poeta se mueve, algo trajinosamente, de la ceguera a la iluminación y de la iluminación a la ceguera, trasegando los sentidos descolocados.

Pero en el poema “La señal” Valente describe definitivamente la forma de la luz: “La luz es alta y pura para cuanto respira” (*Punto cero* 115). Luz de lo que es más blanco y rodea todas las figuras, iluminándolas y elevándolas a la transparencia conciliadora entre lo visible e invisible:

Cómo no hallar
alrededor de la figura sola
lo blanco.

Dragón, rama de almendro, fénix.

Cómo no hallar
alrededor del loto
lo blanco.

Del murciélago al pez o a la rama del hombre,
el vacío, lo blanco.

Cómo no hallar
alrededor de la palabra única
lo blanco.

Fénix, rama, raíz, dragón, figura.

El fondo es blanco. (*Interior con figuras, Punto cero*, 408)

Aquí encontramos varias referencias importantes concomitantes a “lo blanco” y a la iluminación. Primero, recordamos que en las místicas hebrea y sufí, el “fondo” es “abismo” y “centro” de alma, donde ocurre la comunicación con Dios: “El fondo es blanco”. Luego, encontramos “el vacío” de la *nada* de San Juan de la Cruz, vacío que llama a la plenitud, *vacío pleno*. Y finalmente, hallamos, “cómo no hallar”, la nomenclatura bíblica recorriendo puntualmente la descripción de una *naturaleza viva* en un universo sobrenaturalizado: “almendro”, “loto”, “pez”.

Es necesario traer a colación ahora otros versos de Valente sobre una *naturaleza muerta* escrito en una etapa anterior a la iluminación: “(no nos dejes caer / Señor...), en los despojos macilentos / donde la vegetación

raquílica no puede / dar más señal del hambre... / ... fósiles / harapos y la hierba / enronquecida y rala” (“Extramuros”, *La memoria y los signos* 24). Han aparecido ahora los dos enlaces neurálgicos del hilo espiritual-transformativo que tensa la poética valentiana, situados uno y otro a cada extremo de *las vías*. De un lado la poética se relaciona con la ascética, primera vía mística, de otro, se relaciona con el estado de beatitud, período final del proceso de espiritualización. En un extremo, se despliega la visión del mundo no-iluminado ¿o anochecido?, en el otro extremo, *el fulgor* o *centella* del mundo iluminado alcanza el ojo valentino sobrenaturalizado, y coincide con la mirada del poeta-místico de Ubeda:

¡O bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado!
¡O prado de verduras,
de flores esmaltado!
Decid si por uosotros a pasado. (*Obras completas* 588)

La poesía de Valente ha dejado atrás el paisaje devastado y “el agrio sabor de la blasfemia”, y su visión iluminada comunica un sentido de celebración pacífica, para describir el hallazgo de otra realidad transfigurada e infinita, un “confín del día o de la luz”:

A los recintos últimos del alma
entraste, cuerpo, para,
que no pudiera
morir, para llevarla
en tus desnudos brazos a la raya
del sol, en el ardiente
confín del día o de la luz
que ya se avecinaban. (*El fulgor, El vuelo alto y ligero* 292).

Al igual que en San Juan, en este poema de Valente, “el alma” emprende un viaje hacia “el confín del día o de la luz” para que no pueda morir. Porque es una alma que se desplaza, el alma a la que hace mención Valente semeja el alma o Amada de San Juan, pero el desplazamiento ocurre a la inversa. En Valente, el cuerpo entra en el alma para trascenderse. En el poema *Noche oscura del alma* de San Juan, el alma deja su cuerpo-casa “estando ya sosegada”, o exenta ya de sus apetitos naturales, para salir “sin ser notada” en busca de su Amado:

En una noche oscura,
con ansias de amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada. (*Vida y Obras* 407)

Cuatro siglos después de San Juan de la Cruz, Valente poetiza sobre la misma idea utilizando otro léxico:

Ardió de pronto
en los súbitos bosques
el día.

Vio la llama,
conoció la llamada.

El cuerpo alzó a su alma,
se echó a andar. (*El fulgor VII, Material memoria*, 155)

Finalmente parece no tener importancia si es el alma la que deja o lleva al cuerpo, o es el cuerpo el que lleva o deja al alma, pues ambas poéticas se internan en la trascendencia cuando aspiran, conjuntas las entidades, al “confín de la luz”. La reflexión ascendente en la poética de Valente es consecutiva. En otro poema de *Al Dios del lugar*, Valente (re)escribe:

El cuerpo con su máscara
se irguió en la cima de la madrugada
y coronó la noche.

Ardió solo en el aire. (*Material memoria* 196)

El ser ha sobrepasado la madrugada, ha cerrado la noche, y ahora arde, se ilumina, se eleva. Las imágenes de trascendencia se condensan sublimando la condición humana como receptáculo único del espíritu o luz trascendente. Así lo revela Valente en el siguiente poema titulado “Materia”:

Formó
de tierra y de saliva un hueco, el único
que pudo al cabo contener la luz
(*Mandorla, Material memoria*, 191)

Y lo ratifica en el pequeño-gran poema “Fénix” del libro *Al Dios del lugar*, que vamos a reseñar aquí:

Quedar
en lo que queda
después del fuego
residuo, sola
raíz de lo cantable. (*Material memoria*, 195).

Al igual que la imagen mística del madero purificado por el fuego, o la imagen del ave fénix renaciendo de sus cenizas, esta imagen remite a una ceniza sagrada, a un residuo exquisito que ha atravesado una purificación a

través del fuego y que ahora posee la más alta dignidad entre lo que se nombra o lo que existe: “sola raíz de lo cantable”.

En el siguiente poema de Valente que transcribimos, emerge una fuerte relación con el poema *Llama de amor viva* de San Juan de la Cruz. El poema pertenece a la colección *Tres lecciones de tinieblas*:

Deja que llegue a ti lo que no tiene nombre: lo que es raíz y no ha advenido al aire: el flujo de lo oscuro que fluye en oleadas: el vagido brutal de lo que yace y pugna hacia lo alto: donde a su vez será disuelto en la última forma de las formas: invertida raíz: la llama (31).

Algunos versos del poema de San Juan dicen así: “¡Oh, llama de amor viva / ... ¡Oh lámparas de fuego / en cuyos resplandores / las profundas cavernas del sentido / que estaba oscuro y ciego / con extraños primores / calor y luz dan...” (*Vida y Obras*, 415).

La relación con el poema de Valente con el de San Juan se establece en la conminación a aceptar el vacío, la *nada*, lo desconocido: “Deja que llegue a ti lo que no tiene nombre”, porque “lo que no tiene nombre” es invisible como la “raíz y no ha advenido al aire” pero es inmanente al ser. También resuena en este texto la teología sanjuanista en la contraposición entre lo alto y lo bajo, señalando la existencia de un movimiento de ascensión natural, “el vagido brutal de lo que yace y pugna hacia lo alto”; y entre lo oscuro y lo claro: “el flujo de lo oscuro que fluye en oleadas”. El poeta presenta en este texto la posibilidad de la transformación del ser, o de la entidad a la que se dirige, en forma metafórica: la inversión de la raíz, elemento que crece hacia abajo y representa la realidad natural, y su conversión en llama, elemento que crece hacia arriba, y representa la realidad sobrenatural. Valente, al igual que San Juan, ha escogido la *llama* como símbolo de una instancia ontológica luminosa, ascendente y trascendente.

La poesía de José Ángel Valente ha seguido un curso de depuración en sí misma que ha arrastrado consigo al lenguaje, ingresando, poesía y lengua al unísono, en la inefabilidad. Según el propio autor “la inefabilidad se basa en la idea de que hay un mundo de realidad que el lenguaje no puede expresar. Pero esa realidad está sumergida en el lenguaje mismo [o en el silencio], constituye su fondo soterrado, al que nos remite incesantemente la palabra poética” (Valente, “Formas de lectura”, *Hermenéutica*, 22). Valente trabajó la palabra hasta bordear sus límites en el silencio significante. Sus propias ideas a respecto de la relación entre el lenguaje y el silencio poéticos le remiten directamente a la esfera de la mística: “Mucha poesía ha sentido la tentación del silencio. Porque el poema tiende por naturaleza al silencio. O lo contiene como materia natural. Poética: arte de la composición del silencio. Un poema no existe si no se oye, antes que su palabra, su silencio” (“Cinco fragmentos para Antoni Tàpies”, *Material memoria*, 42). Valente encarnó esta aseveración en la factura de su propia poesía.

De los extensos poemas que inauguraron sus primeros libros y que reaparecieron esporádicamente a lo largo de su labor vitalicia, el texto poético de Valente se fue reduciendo paulatinamente hacia el tramo final de su producción poética hasta poseer a veces un sólo verso. Este adelgazamiento que se relaciona aparentemente con la supresión de palabras, se relaciona en realidad con la sobreabundancia de un sentido que tiende a desbordarse: “El poeta espiritual no topa con el lenguaje ni con sus posibilidades sistemáticas o con su imaginario: topa, por el contrario, con su esencial apertura... con la imposible posibilidad” (Ballesteros 69). Para el momento final de su escritura, Valente transitó una apertura total de lenguaje poético, utilizando simultáneamente la mayor carga de significado y la máxima economía verbal. Para hablar de sus poemas, Valente inclusive ya no usaba el vocablo *poemas* les llamaba simplemente *anotaciones* o *fragmentos*. Según Jiménez Heffernan “el lugar o la estancia [valentianos] radica en el *logos parlante* de la escritura que se auto-abnega y se aniquila en el espacio en blanco” (341).

A la par de la presencia del espacio en blanco, en la poesía de Valente podemos señalar figuras contrarias acopladas u oxímoros como: “sombras luminosas” (“Requiem”, *Al Dios del lugar, Material memoria* 200); “mujer oscura, envilecida, sacra” (Hojas de sibila, *Material memoria* 27); “irse / sin ir” (*Al Dios del lugar, Material memoria* 217). En los textos valentianos se encuentran también construcciones paradójicas como “te devoraríame a vosotros” (“tres devoraciones”, *Material memoria* 25). Esta construcción gramatical “devoraríame” que incluye el pronombre al final del verbo, es una construcción clásica, y no es usual para el tiempo en que la utiliza Valente. Coincidentalmente este tipo de construcción también fue utilizado, más naturalmente, por San Juan de la Cruz.

La poesía de José Ángel Valente experimenta una autovolatilización que se autopercibe como “lenguaje roto”, un lenguaje que revela la consciencia de una insuficiencia de la palabra que no es insuficiencia del conocimiento. Esta consciencia emparenta de nuevo la poética valentiana con el “no saber sabiendo / ... *toda ciencia trascendiendo*” (*Vida y Obras*, 410). Veamos este fragmento del poema de *El inocente* titulado “A los dioses del fondo”:

Lo que dije no sé.

La cifra mayor del llanto o de la vida
de quién la podría tener.

Hay un lenguaje roto
un orden de las sílabas del mundo

Descífralo. (*Entrada en materia* 125).

Tal vez esta ebullición del texto valentino fue la que estableció su extraña puntuación. Valente usó siempre los dos puntos separando estratégicamente – mas no en forma definitiva – sus oraciones, pero esta costura fue creciendo y respunteando su escritura cada vez más profusamente, hasta que la separación entre cada dos palabras llegó a poseer sus dos puntos propios. Todos los vocablos se fueron encadenando paulatinamente en una especie de unión separatista que los acercó gráficamente y los dispersó semánticamente. Veamos un ejemplo en “Zayir”:

Ahora tenía ante sí lo posible abierto a lo posible: ya para no morir de muerte tenía ante sí mismo el despertar: un dios entró en reposo el día séptimo: vestiste tu armadura: señor de nada, ni el dios ni tú: tu propia creación es tu palabra: la que aún no dijiste: la que acaso no sabrías decir (*Tres lecciones de tinieblas*, 29).

Quizá toda la obra de Valente estuvo signada por la unión de los mismos contrarios fundamentales y conceptuales: *oscuridad/luz; cotidianidad/eternidad; eros/transparencia; exilio/regreso*. Sin embargo, un lado de la balanza siempre pesó más que otro, y fue el lado positivo del mundo nocional. La suspensión del lenguaje valentino constituyó la destrucción ex-profeso del sentido instrumental de la palabra a favor del hallazgo y desarrollo de un sentido espiritual. Valente fue un privilegiado del silencio, un bienaventurado – como diría su amiga María Zambrano –, que son aquellos que se elevan por sobre lo mundano, y acceden a una morada interior acompañados por escasos sonidos y abundante inefabilidad. Quizá sea este el último tramo del proceso de transformación de un lenguaje poético-místico en un silencio puramente místico. Según las deliberaciones del propio autor y de José Lara Garrido a respecto del lenguaje y el silencio místicos: “el lenguaje místico no está hecho sólo de palabras, ‘sino del movimiento que las anima’, y que viene establecido por dos ritmos: el ritmo de vuelta, de lucha directa en el tejido verbal mismo con el drama vivido, y el de disociación, el que se coloca fuera de la directa exégesis de las imágenes y símbolos creados” (Introducción, *Hermenéutica* 12).

La poesía del último Valente transluce la honda celebración del hallazgo de otro lenguaje y otra vida que pertenece al reino de lo infinito. El desarrollo de su binomio poético-místico es un claro vestigio de la validez del funcionamiento de su propia acepción de la poesía como lenguaje de conocimiento y revelación (*Las palabras de la tribu* 5). La evolución de la poética valentina hacia la instancia mística resulta sintomática del axioma central de San Juan de la Cruz que radica en la posibilidad del transcurso sustancial por las tres vías místicas para alcanzar la transformación total del ser. El poeta ha accedido espiritualmente a la vía iluminativa a través del *anhelo* de resurrección interior latente en su poesía de principio a fin. Transcribimos a continuación del poema “Como ríos contiguos” de *El*

fulgor, que podría quizá resumir su concepción de la vida, y la esencia de su expresión poética:

Aquí cuanto cantó, manó, corrió
 fue sed, fue agua, fue esperanza
 mas nunca saciedad, ni hasta en la muerte. (*El vuelo alto y ligero* 297).

Este poema es emblemático de la instancia espiritual ascensional del poeta porque revela un desplazamiento definitivo de la dinámica interrogativa del dolor.

José Ángel Valente no se sustrajo de la responsabilidad histórica del momento que le tocó vivir, pero escogió la soledad del exilio interior en la indagación profunda por el devenir del ser, y en la búsqueda de la trascendencia espiritual. Y aunque su labor poética estuvo acompañada por una postura crítica combatiente y solidaria, su legado mayor compete al terreno de la espiritualidad, donde su “palabra como fragmento de una totalidad [material] inaprehensible” (Romano 64) logró aprehender la inefabilidad. La poética de José Ángel Valente, al decir de Tomás Sánchez Santiago y José Manuel Diego, traza el itinerario de un camino de salvación: “Es el autor de *Punto cero* uno de los poquísimos poetas vivos de nuestro ámbito literario que ha conseguido construir, a lo largo de una amplia trayectoria, un edificio verbal [espiritual] compacto, con la función, quizá imposible, de acceder a través del conocimiento a la salvación” (“La materia del silencio”, 8).

El poeta nos ha dado noticias nuevas de las *condiciones del pájaro solitario*, del pájaro sufí, del *ave clavada en el vacío*, del *pájaro quebrado – el roto–*, del *ala sin pájaro*, y del *vuelo sin ala*. Hemos contemplado la transformación paulatina de la forma del pájaro durante un largo vuelo, pero “contemplar, no es mirar sino ser mirado” (*Carreto* 251), y el lenguaje de Valente nos ha mirado, en detalle de singular puntuación: vestigio del ser que le anima. Hemos padecido la volatización de la transformación de la palabra entera al fragmento, del fragmento al vacío, y del vacío a la plenitud: “En el jeroglífico había un ave, pero no se podía saber si volaba o estaba clavada por un eje de luz en el cielo vacío” (*treinta y siete fragmentos*, 159).

José Ángel Valente se encuentra, en el sentido metafísico de Bollnow, y en el sentido trascendente o poético espiritual del trasiego místico de nuestros días, dentro del recinto sagrado preservando las huellas de la luz, ordenando los residuos sagrados de su experiencia, los signos, los jeroglíficos, el ave, el eje, la rotura inefable.

OBRAS CITADAS

Amorós Molto, Amparo. *La influencia de la poesía mística en la poesía española contemporánea: José Ángel Valente*. Madrid: Ediciones Seis, 1984: 769-83.

Ballesteros, Manuel. "Poesía y experiencia en el Cántico." *Hermenéutica y Mística: San Juan de la Cruz*. Madrid: Editorial Tecnos, 1995. 63-80.

Bollnow, Otto F. *Crisis and New Beginning*. Pittsburgh: Duquesne University Press, 1987.

Carreto, Carlo. *Más allá de las cosas*. Argentina: Ediciones Paulinas, 1981.

Cilveti, Angel L. *La literatura mística española*. Madrid: Editorial Taurus, 1984.

Debicki, Andrew P. *Poesía del conocimiento. La generación española de 1956-1971*. Trad. Alberto Cardín. Madrid: Ediciones Júcar, 1986.

Diego, José Manuel. "La materia del silencio". *Insula, Revista de Letras y de Ciencias Humanas* 48 (1993): 8.

Hatzfeld, Helmut A. *Estudios literarios sobre mística española*. Madrid: Editorial Gredos, 1968.

Jiménez Heffernan, Julián. *La palabra emplazada: Meditación y Contemplación de Herbert a Valente*. Córdoba: Universidad de Córdoba, 1998.

La Biblia. Latinoamérica. Traducción del griego y del hebreo. Madrid: Editorial San Pablo, 1995.

Lara Garrido, José. "La primacía de la palabra como música y memoria en San Juan de la Cruz." *Hermenéutica y Mística: San Juan de la Cruz*. Madrid: Editorial Tecnos, 1995. 123-51.

Pacho, Eulogio, ed. *Cántico espiritual*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1981.

Romano, Marcela. "Últimas imágenes de Valente." *Celehis: revista del Centro de Letras Hispanoamericanas* Argentina: Universidad Nacional de Mar de Plata, 1998. 133-43.

Sánchez Robayna, Andrés. "San Juan de la Cruz: Destrucción y sentido." *Hermenéutica y Mística: San Juan de la Cruz*. Madrid: Editorial Tecnos, 1995. 153-60.

Sánchez Santiago, Tomás y Diego, José Manuel. *Dos poetas de la generación de los 50: Carlos Barral y José Ángel Valente*. Granada: Ediciones A. Ubago, 1970.

Santa Teresa de Jesús. *Las moradas. Libro de su vida*. Ed. Juana de Ontañón. México: Editorial Porrúa, 1992.

Valente, José Ángel. *Material Memoria. Trece años de poesía*. Madrid: Alianza Editorial, 1995.

———. *A modo de esperanza*. Madrid: Ediciones Rialp, 1955.

———. *El vuelo alto y ligero*. Ed. César Leal Ramos. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1998.

———. *Entrada en materia*. Ed. Jacques Ancet. Madrid: Cátedra, 1985.

———. *La memoria y los signos*. Madrid: Revista de Occidente, 1966.

———. *La piedra y el centro*. Madrid: Taurus Ediciones, 1982.

———. *Punto cero*. Barcelona: Seix Barral, 1980.

———. *Tres lecciones de tinieblas*. Barcelona: La Gaya Ciencia, 1981.

———. *Variaciones sobre el pájaro y la red, Precedido de La piedra y el centro*. Barcelona: Tusquets Editores, 1991.

———. *Las palabras de la tribu*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 1971.

———. *Mandorla*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1982.

———. *No amanece el cantor*. Barcelona: Tusquets Editores, 1992.

———. *Treinta y siete fragmentos*. Barcelona: Àmbit Serveis Editorials, 1989.

———. *Al Dios del lugar*. Barcelona: Tusquets editors, 1989.

———. "Formas de lectura y dinámica de la tradición". *Hermenéutica y mística, San Juan de la Cruz*. Madrid: Editorial Technos, 1995. 15-22.

Valente, José Angel y José Lara Garrido, eds. Introducción, *Hermenéutica y Mística: San Juan de la Cruz*. Madrid: Editorial Tecnos, 1995.

Vida y Obras completas de San Juan de la Cruz. Crisógono de Jesús, Matías del Niño Jesús, Lucinio Ruano de la Iglesia, eds., Madrid: Editorial Católica, 1975.

Zambrano, María. *Los bienaventurados*. España: Editorial Siruela, 1990.